

Lejos de nosotros el odio y la venganza. Estos sentimientos eclipsarían el resplandor del triunfo.

Después de vencer al enemigo, hay otra victoria que alcanzar: la de sí mismo.



¡La hora suprema!

HA sonado la hora suprema!

La hora de la Providencia, que no aparta sus ojos divinos de nuestra cara patria.

Después de una resistencia de cinco horas, el puerto del Callao ha visto retirarse la naves enemigas.

Y, cuando todos nos hemos inclinado, para buscar los muertos y los heridos, el corazón ha vertido sangre, porque ha encontrado hartos que sentir, muchas víctimas que llorar. Mas, al sentimiento de justísimo dolor, ha sucedido una alegría inefable, porque nos hemos dado cuenta de la grandeza del Perú.

Sí, grande, muy grande ha hecho Dios á la patria que nos cuenta por hijos. Y el nombre de peruano será un timbre honorífico, para todos los que sepan comprender cuanto vale la patria querida, que ha combatido heroicamente, teniendo por testigos inteligentes marinos de naves extranjeras.

Ellos han podido apreciar, con calma é imparcialidad, lo que significa para el Perú esa página de gloria, escrita con la sangre de sus hijos.

En cuanto á nosotros, estábamos hartos ocupados de llorar las desgracias que Dios quiso presentarnos; y, sin embargo, teníamos que enjugar nuestras lágrimas, que ahogar nuestros suspiros, porque, de momento en momento, una acción heroica, una escena grandiosa,

venían á solazar el espíritu, irradiando sobre nuestra frente la luz de la alegría.

Necesitábamos dos corazones: uno para llorar y otro para regocijarnos, porque el dolor y el gozo se disputaban los latidos de nuestro pobre corazón.

Dios y la patria eran nuestro horizonte: Dios, en su trono magnífico, rigiendo nuestros destinos; y la patria, arrodillada, solicitando el laurel de la victoria. Dios cubriendo con su protección á nuestros bravos; y estos, de pie, desafiando la muerte, y cubriendo de honor el suelo que defienden.

¡Qué Dios sea loado!

¡Qué nuestros valientes sean bendecidos!

¡Qué las almas de nuestros hermanos, que sucumbieron en la lucha, gocen del descanso eterno, único premio digno de sus heroicos hechos!

La muestra de virilidad, que acaba de dar el Perú, quedará escrita en los ánales del mundo!

Las naciones que le contemplan sabrán que, si el peruano es de dulce, de suave y benévolo carácter, es terrible cuando tiene que defender á su patria, y que no retrocede ante los estragos del cañón. Conocerán que el peruano, cordero por su mansedumbre proverbial, es un león por su bravura histórica!

La primera lucha por la Independencia y la que acaba de comenzar son la prueba más evidente de que no hay exageración en estas apreciaciones.

Entretanto, agradecidos á Dios por la gloria que nos ha dado, en cinco horas de reñido combate, nos preparamos á sufrir todos los males que la Providencia permita, seguros de que esa Providencia adorable no ha de abandonarlos, y que nos reserva días de gloria para el porvenir.

Imposible nos sería narrar todas las grandes acciones que se han consumado durante la lucha; difícil enumerar las víctimas sacrificadas por la patria.

Entre las pérdidas más dolorosas, se cuenta el señor Gálvez, Ministro de Guerra, cuyo valor é inteligencia eran conocidos de todos, y el señor coronel Borda, ingeniero granadino, á quien debemos muchos trabajos de fortificación, y cuya presencia en una batería era de suma importancia. Otros señores jefes, oficiales y soldados han perecido también, y la patria está de duelo por tan justo motivo.

Todos los corazones han tomado parte en la desgracia, porque en el Perú, el día de hoy, todos sienten y se alegran como un solo hombre.

¡Gracias á Dios! no hay traidores, no hay siquiera descontentos; y los peruanos veremos hundirse el suelo que nos sostiene, antes de dejar ni ligeramente manchado el pabellón nacional. Si alguien quiere dominar al Perú, sepa, y lo decimos muy alto, que sentará su trono sobre ruinas, y encontrará, en lugar de hombres, cadáveres.

Nuestra esperanza ha crecido inmensamente. Todos estaban en su puesto!

Las Vírgenes del Señor y el pueblo oran.

Los sacerdotes, después de iniciar la oración pública, volaban al socorro de los moribundos. Otros estaban, desde temprano, en el sitio del peligro.

Los médicos, distribuidos en diversos lugares, prestaban sus generosos é inteligentes auxilios.

Las Hermanas de la Caridad y muchas señoras de Lima se dirigían al Hospital de sangre, acompañadas de los Capellanes de San Vicente de Paúl.

Otras señoras asistían á los heridos, que los trenes conducían, y una multitud de jóvenes recomendables los llevaban en hombros á sus casas y á los hospitales.

El pueblo abría paso á ese cortejo de dolor, lleno de ansiedad y al mismo tiempo de patriótico entusiasmo.

Todos cumplían con su deber: no hemos visto una sola acción reprensible, un solo desmán.

El pueblo del Perú ha probado que no olvida sus virtudes, aún en medio del estruendo del combate.

¡Bendito pueblo!

Tenemos una satisfacción inmensa, porque nos cabe la honra de pertenecerle. Antes le amábamos con ternura; hoy le amamos con veneración.

Un pueblo como el nuestro está muy distante de someterse á una dominación oprobiosa; y está muy próximo á una regeneración completa, saliendo purificado del crisol de su tribulación.

Debemos terminar por hoy; pero no lo haremos sin expresar un voto de acción de gracias á los diversos cuerpos de bomberos por sus interesantes servicios, por su serenidad en el peligro, por el amor con que han abrazado nuestra causa. Los bomberos italianos, á quienes vimos partir para el Callao, nos enternecieron por sus generosas demostraciones.

En estos momentos se han estrechado los fraternales lazos que nos unen, hace tiempo, con esa porción laboriosa de extranjeros, por nacimiento, pero que nos han revelado que son peruanos de corazón.

¡Qué Dios sea loado!

¡Qué nuestros compatriotas sean benditos!

¡Qué los americanos y europeos, que nos han ayudado, reciban la efusión de nuestra gratitud!



El 2 de Mayo

EL 2 del presente ha tenido lugar el anunciado combate entre las fuerzas navales de España y las baterías del Callao.

Y el mismo Sol que alumbró tan recia y esforzada pelea, dejó ver que los enemigos abandonaron el campo, sin decidir la contienda.

El éxito de la lucha ha sido glorioso, pero no decisivo.

Glorioso, sí; porque hemos quedado de pie, enfrente del enemigo, en retirada.

Decisivo, nó; porque las naves españolas todavía oprimen las aguas del Pacífico, y sueltan al aire la bandera de su Patria.

Pero, si el combate, apreciado materialmente, no termina la contienda, ni halaga el patriotismo en sus delirios, ni satisface al corazón en sus ensueños, tiene, sin embargo, una significación inmensa en el orden moral.

En ese día, se ha levantado la dignidad del Perú y se ha puesto muy alto el nombre de sus hijos.

Y se ha puesto en evidencia que el Perú siente agitarse en su pecho el sentimiento de las grandes cosas, y que es muy noble el corazón de sus hijos, para que no abrigue en su seno el generoso ardimiento de bravos combatientes.

Y también, se ha dado una lección á las naciones extranjeras. De hoy más, el respeto y la consideración acompañarán al nombre de la patria, como un cortejo inseparable; porque, doquiera se escuche ese nombre bendito, habrá de recordarse que el peruano lo escribió con la sangre de sus venas y que la gloria lo circunda con vivos resplandores.

Y, todo esto, ¿porqué?

Porque todos los colores políticos, mezclados por el patriotismo en justa proporción, vinieron á combinar el rojo y blanco del pabellón nacional; y alrededor de la gloriosa enseña no pudo distinguirse al levantado ni al caído, á los sectarios de un principio ni á los partidarios de un hombre: allí no se vio sino á los hijos de la Patria, compartiendo fraternalmente los rigores de la situación, y reclamando, cada uno, para sí, con solícita demanda y amorosa querella, los puestos de peligro en la hora del combate.

Porque los padres de familia agruparon en torno suyo á sus queridos hijos, y, con voz conmovida, les dijeron: "Id, contaos en el número de los valerosos y esforzados; no en vano os di mi sangre y os comuniqué la vida; derramad esa sangre para que fructifique el suelo de la Patria; entregad esa vida, si el dedo de Dios os señala entre las víctimas: en tan doloroso trance, yo que mecí vuestra cuna cerraré vuestro sepulcro; id, pues, alentados con mi palabra y fortalecidos con mi bendición". Y los fogosos jóvenes corrieron velozmente; y se lanzaron atrevidos en el fragor de la pelea; y muchos cayeron helados por la muerte.....

Porque las madres de familia, acompañadas de sus hijas, fueron al templo, levantaron al cielo las manos suplicantes y lloraron sin consuelo sobre la común desgracia; y el Angel del Perú recogió su oración en el vaso de sus perfumes y lo llevó, temblando, al pie del tro-

no del Eterno, quien pareció recrearse con su grato aroma, porque inclinó su vista sobre el afligido pueblo.

En fin, porque, en esta ocasión y por esta vez, la España fue encontrada leve en la inflexible balanza en que Dios pesa los destinos de los pueblos.

Y, todo esto ¿para qué?

Para que el peruano sepa que la discordia civil es un veneno matador y la unión fraternal, un secreto de ventura;

Para que los padres eduquen á sus hijos en la escuela del cristianismo, que tiene por maestro al mártir más generoso y más heroico de que nos habla la historia;

Para que las madres enseñen á sus hijas el temor de Dios, cultiven en su espíritu la sensibilidad y la ternura, y las aparten del lujo, que endurece el corazón;

Por último, para que el Perú y su Gobierno comprendan y no olviden que á este pueblo lo ha escogido la Providencia para teatro de sus prodigios, y sientan en el corazón y expresen con las obras una gratitud sin límites al Dador de todo bien;

Y teman y tiemblen, si esto no hacen, no sea que tan marcada ingratitud, desvíe de nosotros las miradas de Dios, y atraiga sobre las cabezas culpables el rayo vengador.

Entretanto el sacrificio está consumado.

Una ilustre víctima ha sido inmolada.

Otras muchas han regado con su sangre el altar de la oblación.

Los que sobreviven lloran sobre esas tumbas, abiertas por el patriotismo en el campo del honor

¡Plegarias para los muertos!

¡Virtudes para los vivos!

¡Paz y felicidad para todos!





El abandono de nuestras aguas

UNA victoria alcanzada el 2, y la sorprendente retirada de las naves españolas el 10, son sucesos que justamente regocijan al Perú.

Sin ocuparnos de averiguar los motivos que haya tenido el Almirante español para levantar el bloqueo y dejar nuestras aguas, lo que nos importa fijar es que su conducta ha causado una sorpresa general; lo que nos interesa consignar es que el Perú gana positivamente con este hecho cuanto pierden sus enemigos; lo que deseamos inculcar es que, después de la protección que Dios nos dispensó el día 2, de glorioso recuerdo, el último suceso es una muestra visible de su favor.

Poco nos importa que el almirante Méndez Núñez haya procedido cuerda ó desatinadamente. No somos nosotros los guardianes de su honor, ni del honor de España. Lo que nos interesa sobre manera es que el Perú, cuya honra está incólume, sepa agradecer á Dios el beneficio de que goza, y no tenga á menos reconocer una deuda de gratitud al Dador de todo bien.

E insistimos en ello, no sólo por la convicción que nos asiste, sino porque, desgraciadamente, vemos que el orgullo de la victoria ha cegado á algunos, hasta el punto de no acordarse del Señor de los ejércitos. Hemos leído varios escritos sobre el particular, y hemos sentido también una honda pena, al notar que les falta-

ba la inspiración cristiana, que da tan robusta entonación al himno del triunfo.

Ahora bien: el Perú, en su aflicción, clamó á Dios; y los últimos sucesos han probado que no fue vano su clamor. Una aureola de gloria ha ceñido sus sienas; y toda aureola desciende de lo alto, porque de lo alto emanan la luz y la fuerza.

Sin que nuestro amor á la patria se amengüe; sin que nuestra gratitud hacia los valientes que la defienden sufra menoscabo; en una palabra, sin negar la acción hombre, podemos reconocer la acción de Dios: podemos y debemos estarle profundamente agradecidos. Los hijos de los héroes de Junín y Ayacucho no deben avergonzarse del Dios de sus padres.

Celebremos, enhorabuena, el triunfo del Perú y la derrota de nuestros enemigos; pero no olvidemos los cantos de Moisés y Débora, con que enseñaban al pueblo de Israel victorioso á elevar su corazón al cielo, para retemplar su valor y purificar sus sentimientos.

No olvidemos, por último, que, en la historia, el filósofo cristiano descubre dos agentes, cuya fuerza no se confunde, no se identifica, sin que por eso estén en contradicción. Esos dos agentes son la Providencia divina y la libertad humana.

Nuestro siglo tiende á divinizar al hombre, en contra de Dios; nosotros procuramos divinizarlo, dando gloria á Dios. La primera tendencia se reveló por la primera vez en el paraíso terrenal: fue la política empleada por la serpiente para perder á la humanidad. La segunda tuvo su revelación en el Calvario, 4000 años después: fue la sublime política de Dios, que se inmoló para salvar á la humanidad perdida.

Nosotros abominamos la odiosa conducta de la serpiente, y adoramos la conducta amorosa de Dios!



El deber de la gratitud

HONDA ha sido la impresión que ha causado en nuestro pueblo el sangriento hecho de armas del 2 de Mayo.

Ella no se borrará nunca de la memoria de los peruanos, como no desaparecerá de su corazón el sentimiento de gratitud, que ha despertado el Omnipotente, haciéndonos experimentar la protección de su brazo.

Así, el Supremo Gobierno, á la vez que ha decretado la erección de un monumento, que perpetúe el glorioso recuerdo del 2 de Mayo, se ha apresurado á rendir homenaje de reconocimiento á la Providencia divina, que vela por el Perú.

Por eso S. E., regresando del campo de la victoria, ha ido á prosternarse delante del sagrado altar, en presencia de Dios y del pueblo, cumpliendo así el deber que le impone el beneficio, y el deber que le impone su elevado cargo. Ha procurado pagar á Dios una deuda y dar al pueblo el ejemplo que están obligados á dar los que gobiernan.

Esta conducta, digna del primer magistrado, satisface nuestro corazón. Sin ella, no comprenderíamos el valor ni el patriotismo; por que estos sentimientos son virtudes, y las virtudes son los hilos de oro que, estrechamente enlazados, forman el precioso vínculo de la Religión.

Para que la gloria del Perú fuese imperecedera; para que su triunfo brillase con el esplendor que anhela el patriotismo; para presentarnos verdaderamente grandes delante del mundo que nos contempla, solo esto faltaba; y hoy, gracias á Dios, lo que faltaba es un hecho consumado.

Los laureles del 2 de Mayo han sido perfumados con el incienso del Santuario, y regados con lágrimas de gratitud. Así no se marchitarán nunca; así exhalarán siempre un olor grato que embalsamará el corazón.

Oh! si en todos los años nos acordásemos de este día para cumplir igual deber! Si al tremolar entonces el pabellón amado no cubriese sino hermanos, íntimamente unidos por las mismas creencias religiosas y políticas! Si las gradas del tabernáculo fueran humedecidas por las mismas lágrimas de un reconocimiento imperecedero! Si la paz doméstica y las buenas relaciones con los extraños nos permitieran desarrollar los gérmenes de riqueza, con que el cielo ha querido regalarnos! Si todo esto sucediera, nosotros diríamos, una vez más, lo que siempre hemos afirmado: el Perú es una tierra de bendición; y la Providencia, que vela por todos sus hijos, nos mira con singular ternura.

O el amor patrio nos engaña, ó podemos permitirnos esta expresión: Dios extiende su manto imperial sobre todos los pueblos; pero toma al Perú y lo sostiene en sus brazos de Padre!

¡Gratitud profunda!

¡Fidelidad acrisolada!

¡He allí nuestro deber y nuestra esperanza!



Las víctimas del Dos de Mayo

LA prontitud y la generosidad con que la sociedad de Lima ha acudido al socorro de las víctimas del 2 de Mayo, no es solamente una muestra de los caritativos sentimientos que animan á una buena porción de nacionales y extranjeros, sino del interés que han inspirado los heridos, huérfanos y viudas á consecuencia de aquel memorable combate.

El hecho que anotamos tiene una gran significación, aparte del honor que resulta á nuestro pueblo. Ese hecho revela que LA CARIDAD, virtud cristiana, ha resuelto ahora, como puede resolver en lo sucesivo, el gran problema, cuya solución buscan los *comunistas* con tanto empeño.

La desigualdad de fortuna da enojos á ciertos *filántropos*, que desearían pasar su nivel sobre la elevada techumbre del magnate, y pesar en una balanza, sin que se rompiese el equilibrio, los caudales del rico y el liviano bolsillo del pobre.

Hay filósofos *humanitarios*, que sienten vértigos cuando pasean la mirada por los vastos dominios del propietario, y piensan en la cabaña del indigente. Si tuvieran el poder de Dios, á buen seguro que abatirían la corpulenta encina, que extiende su ramaje sobre el viajero, para no dar celos al humilde hisopo, que apenas se levanta de la tierra.

Y, suponiéndolos bien intencionados, ¿no es cierto que padecen un extravío? ¿no es verdad que son víctimas de un error?

Si aquel extravío, si este error, se generalizaran; si esos filósofos tuvieran, por desgracia, la facultad de que, felizmente, carecen, los resultados no se harían esperar largo tiempo, y la naturaleza sublevándose contra sus lamentables utopías, haría pagar muy caro el ensayo á los soñadores y á los arrastrados por ellas.

Pero, gracias á Dios, el Cristianismo ha resuelto el problema, de un modo más suave y acertado; de una manera tal, que sin relajar los vínculos sociales, contribuye eficazmente á robustecerlos y estrecharlos.

Estimulando al corazón para que practique la misericordia con el necesitado, ha salvado á éste del peligro de perecer, dejando á su bienhechor toda la belleza del acto libre, por el cual se inclina á levantar al caído, y á éste todo el mérito y la dulzura de la gratitud, bálsamo fragante que perfuma su corazón herido, y le convierte en santuario perpetuo del amor.

¡Oh! El que ha sentido caer sobre su pecho la frente de un desvalido, y empaparse sus manos dadivosas con las ardientes lágrimas del reconocimiento, ese, y solo ese, puede apreciar las dulces emociones que trae consigo la práctica de la misericordia.

Ese puede exclamar: si no hubiera miserables á quienes socorrer, estaríamos privados de una bellísima ocasión de hacer el bien; de una ocasión, que puede ser el origen de la conversión de muchos, y del adelantamiento moral de no pocos.

El hombre, que tanto necesita crecer, para elevarse hasta su destino, perdería una feliz coyuntura de imitar en la tierra la Providencia amorosa de Dios. Y la sociedad perdería mucho con esto.

Y, á pesar de una reflexión tan sólida, hay ciegos voluntarios, que no ven brillar la verdad; hay ingra-

tos, que no quieren aprovechar del elemento cristiano para la regeneración social, y van á buscar en Proudhon la panacea de los males públicos.

Estos hombres querrían un día perpetuo, por no sufrir la alternativa de la luz y de las tinieblas, del calor y del frío. No comprenden la hermosura de la noche, alumbrada por las estrellas; no se dan cuenta de las bellezas de las estaciones; parecen ignorar el alborozo de la naturaleza en la aparición de cada nuevo Sol, y los cantos de las aves y la frescura de los campos primaverales.

El pobre pasa de la noche al día, cuando recibe socorro de la caridad; el mendigo tiene también su primavera, cuando escucha la voz amiga de su bienhechor.

